Breve historia de las batallas navales del Mediterráneo

Víctor San Juan

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de las batallas navales del Mediterráneo*
Autor: © Víctor San Juan
Director de colección: Luis E. Íñigo Fernández

Copyright de la presente edición: © 2018 Ediciones Nowtilus, S. L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3.º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Universo, Cultura y Ocio

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-934-1
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-935-8
ISBN edición digital: 978-84-9967-936-5
Fecha de edición: abril 2018

Impreso en España
Imprime: Podiprint
Depósito legal: M-7882-2018

En memoria de Herminio Sánchez Quirós,
de cuya mano entré al Mare Nostrum

Índice

Introducción 13

Inventario de la batallas navales del Mediterráneo 19

Capítulo 1. Zonchio (1499)
Venecia contra el gran turco 23
Un Renacimiento autista 23
El peligro otomano 31
La extraña batalla de Zonchio 38

Capítulo 2. Préveza (1538)
Sombra de traición 53
Relevos en la cumbre 53
La vanguardia berberisca 57
De Rodas a Formentera 66
La batalla naval de Préveza 71

Capítulo 3. Malta (1565)
Drama en el centro neurálgico del *Mare Nostrum* ... 77
Otro hombre llamado Juan 77
La guerra sucia de Turgut Reis 83
El legendario asedio de Malta 87
La madre de todas las batallas 99

Capítulo 4. Osuna y cabo Celidonia
Una flota privada controla el Mediterráneo 105
Galeras españolas del Siglo de Oro 105
Cambio de aires en una isla 111
La escuadra de Sicilia 118
La nao se impone en el Mediterráneo 124

Capítulo 5. Pugna por el mar de Levante
Lucha despiadada y amoral por el Mediterráneo 135
España, ¿se impone? 135
La guerra contra Venecia 140
Finalmente, los franceses 147

Capítulo 6. La hoguera de Palermo
Luis XIV en pos del tridente de Neptuno 155
La ambición insaciable 155
Una continua agresión 161
Tres batallas navales por Sicilia 167

Capítulo 7. Cabo Passero y Tolón
Derrota y revancha en el Mediterráneo 181
Renaciendo de las cenizas 181
El desastre que pudo ser peor 187
Acto final de una nueva guerra 192

Capítulo 8. Abukir (1798)
Un líder aislado 209
La quimera de Egipto 209
Cacería a través del Mediterráneo 213
Desastre en el delta del Nilo 217

Capítulo 9. Matanzas y guerrillas
Un siglo para la crónica de sucesos 229
Masacres en el Mediterráneo 229
Surge una nueva potencia naval 239
Guerrillas revolucionarias y bombardeos 248
La Gran Guerra sin batallas 253

Capítulo 10. Tarento
Sentencia para la flota italiana 263
Nuevos tiempos para la guerra naval 263
Negras nubes sobre Apulia 273
Un ataque decisivo 278

Capítulo 11. Gaudo-Matapán
La última batalla 287
Tentando a la suerte 287
Yo te persigo, tú me persigues 293
Una tremenda fatalidad 301

Capítulo 12. El convoy Pedestal
Guerra subordinada en el Mediterráneo 313
Un perverso efecto mariposa 313
Clímax en la guerra de convoyes 319
Batalla por Pedestal 325
A modo de epílogo 335

Bibliografía y fuentes 341
Enciclopedias 344

Introducción

En el *Mare Nostrum* está el principio de todo; para los que, como otros muchos, nacimos a la mar y la vocación marinera entre sus olas, conociendo la apacible calma, un navegar placentero, su cólera súbita o la adversidad extenuante —incluso barruntando a veces la proximidad de un posible desastre—, el mar Mediterráneo acaba siendo ese viejo maestro, mentor insobornable, al que ni cariños ni zalamerías son capaces de conquistar. Al final, si hemos hecho mal las cosas, nos castigará implacablemente. Pero, también, el Mediterráneo de por sí puede resultar cambiante, caprichoso y tornadizo: hay mucho viento o no hay nada; se abandona el puerto con la mar en calma y, dos horas después, es preciso regresar con una barra de rompientes que estremece el ánimo. La calma de un atardecer solo es prólogo del aterrador zafarrancho en que nos veremos envueltos llegada la oscuridad de la

noche; o tal vez no, y la luna riele sobre nuestro rumbo señalando el camino de una isla que, en el Mediterráneo, es el diario ensueño.

Mar de mares; esto es lo que es el Mediterráneo y debió de ser para los antiguos cuando se atrevieron a internarse en él. Desde la costa o los archipiélagos insulares, como Baleares, Córcega y Cerdeña, Sicilia o el inmenso y caleidoscópico paraíso del mar Egeo, se puede acceder a extensiones marítimas como el Mediterráneo occidental entre Baleares y Cerdeña, el encajonado y peculiar mar de Alborán, con sutiles pinceladas atlánticas, el extenso «mar africano» entre Cartagena y el estrecho de Sicilia, el triángulo rectángulo volcánico del mar Tirreno —entre la «bota» italiana, Sicilia y Cerdeña— o la gran vejiga, dividida en dos partes, del Mediterráneo oriental, el mar de Levante de los marinos sicilianos avistado desde la garita de Malta hasta el puerto de Alejandría como puerta del mundo oriental. Al final, tras mucho arar las quillas sus extensiones, ha quedado definida una ruta sobre la carta (pues sobre el agua es imposible) que, arrancando desde Malta y las costas de Sicilia, sigue curso a través del mar Jónico y alcanza las costas occidentales griegas para, dejándolas atrás montando el cabo Matapán, poner proa con rumbo sureste —y con Cirenaica en la amura de estribor— en un largo tramo final que, alejándonos de Creta, nos llevará al destino exótico y seductor de Alejandría.

Sobre esta ruta de casi mil millas, muy transitada en todos los tiempos, se han dado la mayor parte de las batallas y enfrentamientos navales del Mediterráneo. A los antedichos (Actium, Préveza y Lepanto) habría que añadir, en el entorno de la disputada isla de Sicilia, Milas, Ecnomo, Drépano, las Égadas, Estrómboli, Agosta, Palermo y el cabo Passero; sobre la propia península italiana, Nápoles, Otranto y

Tarento, e internándose en el mar Egeo se libraron otras muchas, entre ellas Salamina. También están los extremos: la disputadísima isla de Malta contra el poder otomano y el fascismo, y el puerto de Abukir, en el delta del Nilo, refugio de la flota napoleónica. Mientras, en el término medio, queda el entorno del Peloponeso, con la isla Sapienza y el cabo Akritas en el centro aproximado, donde los siglos han querido ver decidido el futuro de este mar, su cultura y civilización. Es un hecho que Oriente y Occidente, al menos cinco veces —Salamina, Zonchio, Préveza, Malta y Lepanto—, escogieron estas aguas para dirimir diferencias de forma violenta y cruenta.

A lo largo de la historia, se reiteran los mismos lugares: en el golfo de Arta hubo dos batallas (Actium y Préveza); en la bahía de Pilos hubo otras dos (Zonchio y Navarino); por Malta se disputó en 1565 y en 1941; el cabo Passero ha visto también al menos dos enfrentamientos (1624 y 1718), por no hablar de la invasión de Sicilia en la Segunda Guerra Mundial con la operación Husky; en las inmediaciones del cabo Matapán tuvo lugar la batalla de Sapienza, en 1354, y otra famosa en 1941 entre italianos e ingleses; el delta del Nilo acogió el despertar de la guerra naval en 1190 a. C., pero también la pugna entre el poder naval británico y el napoleónico con la batalla de Abukir en 1798. Y el estratégico estrecho de Otranto fue escenario de varias batallas por Corfú, además de un combate en 1617 y otro en 1917, exactamente tres siglos después, durante la Primera Guerra Mundial, y un último en 1940, de forma paralela al ataque de Tarento.

Concluimos así que, en el *Mare Nostrum*, se lucha a menudo en los mismos sitios y casi siempre sobre los lindes de la citada ruta, lo que no quiere decir que en torno a la península ibérica, el estrecho de Gibraltar

o la base francesa de Tolón, Túnez e incluso el mar Adriático (batalla de Lissa) no se hayan dado importantes batallas; pero constituyen, realmente, la excepción. En este trabajo nos ocuparemos de las batallas del Mediterráneo después de la Edad Media; aunque no se cumplan siempre los axiomas expuestos —más de una batalla y siempre sobre las mil millas citadas—, vamos a ver hasta qué punto, de forma completamente azarosa, se respetan ambos. No hay más que considerar que Lepanto (batalla que reseñaremos brevemente, puesto que existen excelentes monografías dedicadas a ella) tuvo lugar en el núcleo de dicha ruta, y que la lucha por este bonito puerto medieval del golfo de Patras ha sido incesante desde Marco Antonio y Cleopatra hasta nuestros días.

En quinientos años, la guerra naval en el Mediterráneo conoce cinco grandes momentos: la prolongada campaña contra el turco, que ocupa de 1453 a 1640; el predominio del Imperio español en Sicilia durante los siglos XVII y XVIII; la pugna tras la Revolución francesa entre británicos y galos, seguida de las guerras mundiales. Durante estos períodos, los grandes navíos de vela —antes poco cotizados en el Mediterráneo— comenzaron a ganarle el pulso a la secular galera que, como heredera del trirreme, venía reinando desde la más atávica antigüedad. Pero el flamante navío de línea sería pronto desbancado, a la vuelta de un par de siglos, por el buque de vapor. Puede que este, en mar donde el viento —según el dicho clásico— es «mucho, inexistente o en contra» se las prometiera felices, pero lo cierto es que, en poco más de un siglo, hubo de abdicar irremediablemente ante el poderío de la guerra aeronaval, con la que se libraron las últimas y grandes batallas del Mediterráneo. El recorrido propuesto es un paseo por la historia naval de la galera al portaviones, pasando

por el navío de línea, los acorazados, buques torpederos y submarinos, todos los cuales, con mayor o menor fortuna, han combatido duramente y durante largo tiempo en las aguas de este mar secular.

Víctor San Juan

Inventario de las batallas navales del Mediterráneo

1. Batalla de Zonchio (1499)
Venecianos derrotados por turcos

2. Combate de Formentera (1532)
Españoles derrotados por los piratas berberiscos

3. Conquista de Túnez (1535)
El emperador Carlos V arrebata la ciudad a los piratas berberiscos

4. Batalla de Préveza (1538)
Aliados imperiales derrotados por los turcos berberiscos

5. Batalla de Malta (1565)
Caballeros hospitalarios y España vencen a Turquía

6. Batalla de Lepanto (1571)
España, Venecia y el papa vencen a Turquía

7. Batallas de Samos y Quíos (1613)
Escuadra española de Sicilia derrota a los turcos

8. Batalla de cabo Celidonia (1616)
Flota del duque de Osuna derrota la escuadra del sultán Ahmed I

9. Bombardeo de Estambul (1616)
Galeras españolas de Sicilia atacan Constantinopla

10. Batalla de Otranto y Ragusa (1617)
Escuadra del duque de Osuna vence a los venecianos

11. Batalla de Tarragona (1641)
Galeras españolas rechazan escuadra francesa

12. Batalla de Barcelona (1642)
Escuadra española vence escuadra francesa

13. Batalla de Nápoles (1647)
Escuadra española vence flota francesa

14. Combate de Tortosa (1650)
Galeras españolas capturan una flotilla francesa

15. Batalla de Alicudi, Strómboli o las Eolias (1676)
Holanda y España aliadas contra flota francesa

16. Batalla de Agosta (1676)
Holanda y España aliadas rechazadas por la flota francesa

17. Hoguera de Palermo (1676)
Holanda y España aliadas son derrotadas por la flota francesa

18. Batalla de Cabo Passero (1718)
Flota española en Sicilia vencida por escuadra británica

19. Batalla de Tolón (1744)
Flota española rechaza escuadra británica

20. Batalla de Abukir (1798)
Flota francesa de Oriente derrotada por escuadra británica

21. Batalla de Navarino (1827)
Británicos, franceses y rusos aniquilan flota turca en Grecia

22. Batalla de Lissa (1866)
Flota italiana derrotada por la escuadra austriaca

23. Segunda batalla de Otranto (1917)
Incursión austriaca contra el bloqueo anglo-italiano

24. Batalla de Tarento y Tercera de Otranto (1941)
Escuadra y mercantes italianos atacados por la flota británica

25. Batalla de Matapán (marzo 1941)
Escuadra italiana derrotada por la flota británica

26. Combate de Malta (julio 1941)
Medios sutiles italianos derrotados en Malta

27. Batalla de verano de 1942 (1942)
Convoy aliado Pedestal atacado por los aliados del Eje

1

Zonchio (1499). Venecia contra el gran turco

Un Renacimiento autista

Entre los seres humanos es normal que los problemas absorban y dominen nuestras vidas hasta tal punto que ni siquiera caigamos en los de los demás; este fenómeno, reproducible en todas las épocas y sociedades, se transfiere a los pueblos, vueltos hacia dentro y de espaldas al forastero, incluso cuando este es posible invasor. Al egoísmo exacerbado solemos llamarlo «mirarse el ombligo» y puede ocupar a las naciones durante largo tiempo como una suerte de enfermedad; un autismo que lleva a ignorar los grandes problemas para volver la vista, únicamente, a lo que hay en casa.

Curiosamente, esto sucedió durante el Renacimiento, en la boca de salida de la Edad Media, oscuro túnel que halló su fin entre la toma de Constantinopla por el sultán

otomano (1453) y el descubrimiento de América (1492). España, de la mano de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, asumía por entonces importantes desafíos como la expedición al Nuevo Mundo, el primer ensayo de unión imperecedera entre los reinos de Castilla y Aragón y la expulsión definitiva de los musulmanes de la península ibérica con la toma de Granada, sede del reino nazarí. No es de extrañar que un país inmerso en desafíos como la expulsión del ancestral invasor, el ensamblaje de dos reinos tradicionalmente no muy bien avenidos y la apertura hacia amplios horizontes como jamás se hubiera podido soñar mostrara tendencia a mirarse el ombligo. Pero, a sus espaldas, en las aguas añejas del Mediterráneo, seguían sucediendo cosas que nada tenían que ver con estos hechos y que, tarde o temprano, le afectarían.

También estaba Italia. Italia ocuparía el protagonismo absoluto de la época por desarrollarse en ella un movimiento académico, ilustrado y humanista conocido por el nombre de Renacimiento. El Renacimiento es, simplemente, la eclosión de una Europa bárbara, saturada de invasiones, pandemias, miserias y guerras durante siglos medievales, en un florecimiento artístico, cultural y progresista como nunca se había visto antes. La humanidad, de pronto, decidió desprenderse de su vieja piel romana y oscura para emerger, como Venus de las aguas, con una imagen profundamente atractiva, renovada y… autista de pies a cabeza, puesto que si diferentes países y naciones pueden estar vueltos hacia sí mismos, en ningún lugar como aquel en que proliferaban reinos, señores y ciudades mercantiles como la Italia del siglo xv.

El ancestral papado se embarcó alegremente en estos nuevos vientos de la mano de pontífices como Martín V, de la prestigiosa familia Colonna, que recuperó el prestigio de la institución consolidando el Estado italiano; Eugenio IV, el cual, a pesar de las dificultades, implantó

en Roma un Gobierno con humanistas y artistas florentinos, presidido por el erudito griego Besarión; y Nicolás V, bibliófilo hasta la médula, que creó la gran Biblioteca Vaticana a imitación de la de Alejandría enviando agentes en busca de manuscritos y creando una escuela de traductores y estudios clásicos. En el resto de Italia, las diferentes familias gobernantes —Visconti y Sforza en Milán, los Medici de Florencia o los Aragón en Nápoles y Sicilia (parientes de los Reyes Católicos)— seguían por el mismo camino. Los Estados de la península italiana (ducados de Milán y Saboya, repúblicas de Florencia, Génova y Siena o los pequeños marquesados de Saluzzo, Mantua o Monferrato) rivalizaban entre ellos y con el más grande, el reino de Aragón —que poseía todo el mediodía italiano, Cerdeña y Sicilia—, por ser los más avanzados, modernos y renacentistas, patrocinando a artistas e inventores, reclutando pintores y promocionando literatos, muchos de los cuales no eran más que paniaguados. Pero sus señores habrían estado dispuestos a eso y mucho más con tal de poder permitirse el lujo de proclamar que eran los más avanzados, cultos e instruidos de su tiempo.

Solo Venecia, sin volver la espalda al Renacimiento, parecía verdaderamente preocupada por el peligro. Desde que saqueó Constantinopla en 1204 y venció a su gran rival, Génova, en la guerra de Chioggia (1376-1380), llegando con sus vanguardias (tres viajeros venecianos, Marco, Nicolás y Mateo Polo) hasta el Imperio chino y la corte tártara de Kublai Khan, la república de Venecia se había expandido hacia Oriente tanto por las costas dálmatas y albanas del Adriático como por las islas del Jónico (Corfú, Levkás, Cefalonia y Zante), la península de Morea, en el Peloponeso, y, más allá, la propia isla de Creta e incluso Oriente Medio. Inevitablemente, esta red de factorías y emporios comerciales chocó contra el Imperio

turco del sultán Mahomet II el Conquistador, que, tras la toma de Constantinopla en 1453, había consolidado sus territorios sobre una plantilla prácticamente calcada del extinto Imperio bizantino. Cuando murió Mahomet, en 1481, su hijo Bayezid II (Bayaceto para Occidente) tenía muy claro por dónde seguir: la expansión de su imperio hacia el oeste a costa de la cristiandad. Y la primera gran presa que resaltaba, conspicua, a ojos de los musulmanes otomanos, era la península itálica, saturada de maravillosos mecenas, artistas, escultores, pintores y escritores que solo sabían pensar, con irresponsable autismo, en el brillo y fama de sus propias obras.

Únicamente un papa, Pío II (de nombre Eneas Silvio Piccolomini) pareció darse cuenta del problema que afrontaba Venecia y, por ende, toda la península italiana y la cristiandad durante su papado de 1458 a 1464. Era un cultivado humanista, orador y escritor que, en el congreso de Mantua, trató de conjurar la amenaza del gran turco mediante una nueva alianza europea que promoviera otra cruzada. Al encontrar una fría respuesta, este honesto y práctico pontífice dejó la pintura, la pluma y los libros para tomar la espada, ingresó en la orden cruzada y encabezó en persona la lucha contra el sultán otomano. Desgraciadamente, cuando esperaba en Ancona a las galeras venecianas que le iban a llevar a Oriente, murió de forma prematura. Antes de hacerlo, sin embargo, pudo hacer un gran reproche a la república: «¡Ay, pueblo veneciano! ¡Cuán envilecido está vuestro antiguo carácter!». Pero los venecianos replicaron con su máxima clásica: «Siamo veneciani, poi Christiani», es decir, «Primero somos venecianos, luego cristianos», que dejaba las cosas, y los peligros, bastante claros.

Sucesores como Sixto IV, lejos de retomar el legado de Pío II, volvieron a los temas locales fortaleciendo el Estado pontificio y actuando como pacificadores entre



Imagen del papa Pío II, Eneas Silvio Piccolimini. Mientras el resto de la Italia medieval salía del túnel de la Edad Media, deslumbrada por el brillo y esplendor del Renacimiento y sus logros artísticos e ilustrados, este pontífice, cruzado por vocación, trató de dar ejemplo tomando la espada contra el peligro turco; desgraciadamente, muy pocos le hicieron caso.

los diferentes señores italianos. Paso positivo, eso sí, fue la constitución de la Liga italiana en 1455 por parte de Milán, Venecia, Florencia, Nápoles y los Estados del papa, llevada a cabo —con gran oportunidad— tras la caída de Constantinopla en 1453; pero la alianza acabó relegada víctima de los intereses particulares y se configuró realmente como bloque ante otro peligro que se anticipó al turco: Francia. Como siempre tan a favor de los designios de la Sublime Puerta (con la que llegaría a pactar durante el siglo siguiente), Francia todavía estaba escocida por la expulsión de Nápoles y Sicilia que había realizado el reino de Aragón de manos de brillantes marinos como Roger de Lauria y reyes audaces como Pedro III el Grande en plena Edad Media, a fines del siglo xiv. Este último, además, había rechazado la posterior invasión de Cataluña llevada a cabo por el rey de Francia, Felipe III el Atrevido, muerto en el intento (1285). Desde Carlomagno, para Francia, la península italiana había sido siempre el objetivo y los ducados más próximos, como Milán y Saboya, padecieron las consecuencias.

El rey Carlos VIII, tras la regencia de su prudente hermana Ana de Beaujeu, decidió lanzarse a la aventura mediterránea, perpetuando el legado de sus antepasados. Lo hizo, eso sí, prudentemente, constatando que los Reyes Católicos, apartados de sus parientes de Nápoles y obsesionados por la enfermiza política matrimonial de la reina Isabel —que tantas desgracias traería a la familia y a su propio reino—, no iban a intervenir. Contaba también con la aquiescencia del rey Enrique VII de Inglaterra y el emperador Maximiliano de Habsburgo. Libre de trabas, durante el año 1493 pudo prepararse a conciencia para la invasión de Italia. Ocupaba el solio pontificio desde el año anterior un papa hispano, Alejandro VI, que, lejos de actuar a favor de España (estaba irreconciliablemente enfrentado a los Reyes Católicos por negarse

a ennoblecer a su hijo, el inquietante y perverso César Borgia), mantuvo siempre una ambigua y detestable política a favor de intereses personales que retrotrajo al Vaticano a la época medieval. Carlos VIII de Francia necesitaba una excusa para invadir Italia y, previo acuerdo con Alejandro, utilizó sus derechos a la corona napolitana a la muerte del rey, Ferrante I.

Sin embargo, cuando Ferrante falleció, el papa coronó a Alfonso II para sorpresa del rey de Francia. Este reclamó entonces derechos al ducado de Milán, aprovechando la ambición de un usurpador, Ludovico Sforza, por apoderarse de él. Así pudo irrumpir en los dominios italianos con un imponente ejército apoyado por el más poderoso parque de artillería empleado hasta entonces. Ludovico, protegido por los franceses, se coronó en Milán, casando con Beatriz de Este para formar una de las más características, efímeras y autistas cortes renacentistas, en la que campó a sus anchas Leonardo da Vinci. El siguiente Estado en la lista era Florencia, aliada de Nápoles. Surgió allí un monje dominico, Girolamo Savonarola, prior del convento de San Marcos, que, junto con el regreso a las esencias de la Iglesia católica, propuso a los atolondrados florentinos una república favorable a Francia. Los franceses pasaron de este modo por un país donde se terminaron los festejos para rendir culto a las purgas y penitencias.

Finalmente excomulgado por desobediencia, Savonarola tampoco tuvo mucho recorrido: en 1498, hartos los florentinos de beaterías inquisitoriales, lo quemaron por hereje en la plaza de la Señoría. Fue uno de los resultados menos renacentistas y más profundamente medievales de la invasión francesa. A continuación de Florencia, estaba el papa que, mientras los franceses invadían sus territorios el 27 de noviembre de 1494, se refugió en el castillo de Sant Angelo; su «leal»

hijo, César, se pasó al bando francés. Carlos VIII pudo entrar así en Roma el 27 de diciembre del mismo año. El 18 de enero firmaba el papa Alejandro su capitulación, proclamando a Carlos como rey de Nápoles. Alfonso II abdicó en su hijo Ferrante II, y ambos se refugiaron en la isla de Ischia, y el rey francés entraba también en Nápoles el 20 de febrero de 1495. Lo había conquistado todo con tanta facilidad que Alejandro, despectivo, llegaría a decir que no lo hizo con armas, sino con tiza para marcar lo que era suyo.

Los Reyes Católicos quedaron, como Venecia, desbordados por el alud francés; rechazados sus embajadores por Carlos VIII, remitieron a Sicilia un ejército expedicionario de veteranos de la conquista de Granada bajo el mando de un anónimo capitán de la casa de Aguilar, Gonzalo Fernández, que exigió a Ferrante II la concesión de seis plazas en Calabria como «cabeza de puente» para la reconquista de Nápoles. A la vez, la escuadra de galeras de Sicilia, bajo el mando de Galcerán de Requesens, se unió a las fuerzas navales sicilianas. Durante el verano de 1495 Carlos VIII, dando por terminada la conquista, regresó a Francia y dejó al duque de Montpensier a cargo del Gobierno napolitano. Las galeras de Aragón y Venecia obtuvieron muy pronto el dominio marítimo, quedando los franceses aislados en el sur.

Gonzalo llegó a Mesina en marzo de 1495; sabedor de que Ferrante II ya había iniciado la reconquista de su reino, decidió apoyarle pasando a la península, pero fue derrotado el 21 de junio en Seminara por el señor de Aubigny. Se retiró, no obstante, sin grandes pérdidas, iniciando una guerra de guerrillas en Calabria. Ferrante, entretanto, había recuperado Nápoles, y los venecianos desembarcaron en Apulia, por lo que Montpensier quedó acorralado por tres sitios diferentes. A partir del verano el francés fue encastillándose en diversas fortalezas que,

poco a poco, durante el invierno, fueron expugnando los españoles. En la primavera de 1496, Gonzalo Fernández, pronto conocido como el Gran Capitán, alcanzaba su primera victoria en Laíno. Ante el acoso de sus adversarios, Montpensier concibió un gran campamento fortificado en Atella que, tratado por Gonzalo con las mismas técnicas de asedio empleadas en Granada, capituló el 27 de julio de 1496. Culminó así la reconquista de Nápoles solo diecisiete meses después de que Carlos VIII hubiera entrado en ella.

La derrota gala era, una vez más, total; el rey francés, además, perdió la influencia sobre Navarra, la isla de Cerdeña, Rosellón y el Franco Condado, y falleció —probablemente del disgusto— en Amboise en el año 1498. Heredó el trono de Francia su primo, Luis XII, preocupado por la prosperidad del país y que no se embarcaría fácilmente en aventuras invasivas, aunque mantuvo, hasta su muerte en 1515, tropas en Italia, a las que el Gran Capitán tendría que volver a derrotar en un segundo conflicto, ya entrado el siglo XVI. Lo cierto, sin embargo, era que mientras el gran peligro anunciado por Pío II tomaba forma en el este, los reinos cristianos se dedicaban a pelear e invadirse entre ellos, disputándose un territorio de autistas en completa desunión.

El peligro otomano

El sultán Bayezid II se habría lanzado sobre Occidente y la península itálica a fines del siglo XV de no tener sus propios problemas. Contaba para ello con la inspiración de un antepasado del mismo nombre, Bayezid I, apodado *Yıldırım* ('el Rayo'), que venció a los serbios en Kosovo y a los húngaros en Nicópolis antes de sucumbir derrotado por el «peligro tártaro», Tamerlán, que le hizo

prisionero en 1402. Pero sufría graves problemas familiares a causa de su hermano, Djem, que le disputaba el trono. Tras una feroz revuelta fallida, Djem escapó a la isla de Rodas, donde los caballeros hospitalarios de San Juan, custodios del enclave, le remitieron directamente al papa Inocencio VIII, antecesor de Alejandro. Viendo las posibilidades que ofrecía como candidato al trono del sultán, el papa se lo presentó a Carlos VIII de Francia, pero este, demasiado obsesionado por Italia, no hizo mucho aprecio, así que el bueno de Djem terminó pensionado en el Vaticano a cargo de un nuevo papa, Alejandro VI, proclamado como dijimos en agosto de 1492, poco antes de que Cristóbal Colón llegara a América en octubre.

Tuvo entonces lugar una de las más vergonzosas páginas de la «diplomacia» vaticana. La existencia de Djem, bien utilizada por la cristiandad, podía haber mantenido el Imperio turco dividido y debilitado durante largo tiempo. Pero el papa Alejandro, cuando Bayezid II le ofreció trescientos mil ducados por la vida de Djem, lo despachó, víctima de los venenos Borgia, en febrero de 1495. Liberado del rival, el sultán pudo empezar a pensar en sus futuras conquistas occidentales. De hecho, el camino marcado por su padre Mahomet II el Conquistador apuntaba hacia allí: después de Constantinopla, la siguiente en la lista era Venecia. Entre 1463 y 1479, Venecia y la Sublime Puerta habían estado en guerra por las posesiones en el mar Egeo, Grecia y las islas Jónicas. Al final de la misma, los turcos tenían ya el doble de enclaves que Venecia en suelo griego, pues habían conquistado las islas de Negroponte y Scutari. No hubo enfrentamiento entre ambas flotas; durante la toma de Constantinopla, Mahomet II había podido comprobar que la suya estaba lamentablemente anticuada, en métodos y tácticas, con respecto a la veneciana y genovesa, que se pasaron medio

siglo XIV guerreando entre ellas. Los turcos apostaban aún por la utilización masiva de buques ligeros de remo —fustas y galeotas— para abordar los bajeles de alto bordo enemigo, en lo que fracasaron completamente. Era necesario que carpinteros y comandantes turcos se beneficiaran de la experiencia de los marineros bizantinos, genoveses y venecianos capturados en la ciudad para ponerse al día, y esto no se consigue en apenas diez años.

Llegada la paz, la república logró recuperarse con Chipre en 1489 obligando a su reina veneciana a entregarle esta isla. Luego, mientras llegaba la invasión de Italia por Francia, Venecia procuró mantenerse al margen de la triple alianza —Florencia, Nápoles y papa—, disuelta como un azucarillo ante la simple presencia francesa. La república era enemiga natural de Nápoles, pues disputaba con este reino por la entrada del Adriático, el estrecho de Otranto. Así, no dudó en alinearse con el vencedor, Aragón, y obtuvo puertos en Apulia por su colaboración para derrotar a los franceses; también, en tierra, consiguió territorios milaneses auxiliando luego a Luis XII, lo que le permitía afianzar sus posesiones en la Romaña tras la inevitable caída de César Borgia. Pero, en 1499, de nuevo surgió el peligro otomano, junto con la revelación de que el portugués Vasco de Gama había encontrado la ruta de navegación que conectaba Lisboa con la India, desbaratando la conexión comercial veneciana. Los turcos de Bayezid II, se decía, estaban preparando una formidable flota de doscientos sesenta bajeles, con sesenta y siete galeras de combate, en los astilleros de Constantinopla. Venecia, alarmada, miró a su arsenal y comprobó que, tras las guerras contra Francia, solo quedaban operativas ¡trece galeras en pie de guerra!

Con la urgencia del momento, el Senado nombró un capitán general, Antonio Grimani, que se había destacado durante la guerra naval contra Francia en 1495; su



Antonio Grimani; procedente del mundo económico del Rialto veneciano, este *broker* del Renacimiento cimentó una notable carrera política, pero no pudo evitar que el Senado le designara para el mando de la flota de la Señoría a finales del siglo xv para detener los planes del sultán Bayezid II; el resultado fue la desastrosa batalla de Zonchio (1499).

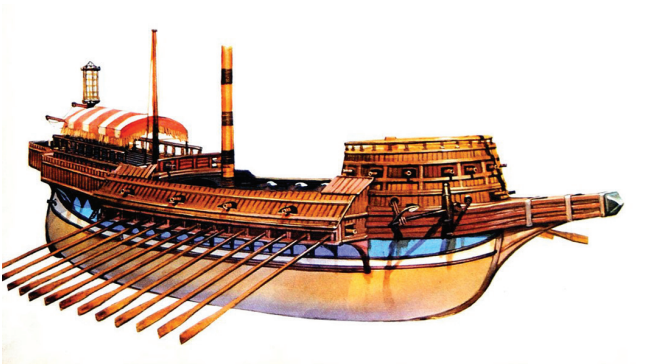
verdadero mérito, sin embargo, era proceder de buena familia y consolidarse como uno de los mejores *brokers* del Rialto, es decir, la bolsa veneciana. A la sazón, Grimani, de sesenta y cinco años, habría preferido que le promocionaran al puesto de dux antes que al de comandante de la flota. Pero el duque de Medina Sidonia en 1588 aceptó el encargo y prometió armar otras diez galeras de su bolsillo, lo que pareció dejar satisfecho al Senado. Los espías confirmaron entonces que el objetivo de la flota de Bayezid II no era otro que la isla de Corfú y el estratégico puerto veneciano de Lepanto, en el golfo de Patras. Por fin, el exhausto arsenal veneciano pudo proporcionar a Grimani cuarenta y cuatro galeras de combate clásicas, doce modernas galeazas de alto bordo con poderosa artillería, cuatro naos veleras de más de mil toneladas cada una y veinticuatro buques mercantes de transporte, con unos veinticinco mil soldados y marineros a bordo. A primeros de mayo de 1499, sin pensarlo más, Grimani puso proa a la isla de Chioggia y el paso del Brandolo para salir al Adriático con su numerosa escuadra.

Los turcos, por su parte, avanzaban decididos por las costas del Peloponeso. Su objetivo era doblar el cabo Matapán y luego el Akritas y la isla Sapienza para penetrar en el mar Jónico rumbo al golfo de Patras, hacia el que había encaminado sus pasos el ejército turco por tierra. La impresionante flota de Daud-Bajá tenía como misión respaldar desde la mar el asalto a la estratégica plaza de Lepanto, situada en el centro neurálgico de dicho golfo, donde se prolonga hacia el este cambiando su nombre por el de Corinto. Daud podía contar con sesenta y tres galeras de guerra y treinta galeotas menores, además de veinte grandes carracas y un centenar de variopintas embarcaciones de transporte, así que la comparación de fuerzas frente a los venecianos era ventajosa para los turcos en galeras, sesenta y tres frente a cuarenta y cuatro

pero inferior en grandes buques veleros, veinte frente a veinticuatro.

Las grandes carracas habían sido tradicionalmente barcos mercantes durante la Edad Media; pero, en la toma de Constantinopla —cuarenta años atrás—, bizantinos y venecianos las emplearon con éxito contra los turcos; en concreto, el 20 de abril de 1453, cuatro naos de alto bordo bajo el mando del capitán bizantino Flatanelas desafiaron, frente a las murallas de la ciudad, a la masiva flota turca del almirante Baltha-Ogue (llamado Baltoglú por los cristianos), que fue vencida estrepitosamente. Los grandes mercantones, con sus altas cubiertas inaccesibles, se defendieron con uñas y dientes desde arriba con armas incendiarias y arrojadizas, de tal forma que ni siquiera la élite del ejército turco, los jenízaros del sultán Mahomet II, fueron capaces de abordarlos. Inevitablemente, el éxito los puso de moda como unidades de combate que, en Zonchio, volverían a luchar.

Los venecianos prepararon varias carracas con los costados protegidos, bien provistas de material de guerra y llenas de soldados con armadura, del rango de las mil toneladas, bajo el mando de Alvise Marcello. Por su parte, los turcos se hicieron con una enorme nave de mil ochocientas toneladas, donde embarcó Borrak Reis al mando de una auténtica multitud de ¡mil jenízaros! Tampoco estaba mal la del peor pirata turco de la época, Kemal Reis (conocido por el sobrenombre de Camali por los cristianos), que desplazaba alrededor de mil doscientas toneladas, con setecientos temibles guerreros jenízaros a bordo. Pero, a pesar del poderío de ambos mastodontes otomanos, los comandantes turcos seguían acomplejados frente a los cristianos y, especialmente, frente a venecianos y genoveses, que demostraron repetidas veces su destreza en la mar venciéndolos. Por ello, a pesar de su superioridad numérica en galeras, Daud-Bajá tenía



Interpretación de galeaza veneciana. La auténtica arma secreta de los venecianos en la mar era este desarrollo de la clásica galera, un potente buque de alto bordo dotado de poderosa y versátil artillería, producto de su arsenal. Los turcos no fueron capaces de imitarlas hasta bien entrado el siglo XVI.

muy claro que podía perder cualquier desafío ante la flota veneciana; las dos gigantescas naos de Borrak y Kemal nada garantizaban ante la mayor proporción de buques venecianos de alto bordo, y, sobre todo, de los más avanzados barcos de la época, las galeazas, su flota no tenía ¡ni una sola!

Las galeazas eran galeras de alto bordo, que podían afrontar navegación de altura y estaban armadas con potente artillería. Invento completamente original del arsenal veneciano, conceptual y constructivamente se hallaban muy alejadas de una nao pesada. En los tapices de la batalla de Lepanto están fielmente representadas: galeras gruesas de alto bordo, con altas proas cerradas por medio de una corulla (castillo de proa) de sección semicircular donde se montaban una decena de cañones y

culebrinas para tirar en cualquier ángulo. Sobre el talar y cámaras de boga, en los costados, se disponían también piezas de artillería, igual que en la carroza, muy sólida y bien defendida, como un auténtico alcázar. Arbolaban tres palos de velas latinas triangulares, pero su propulsión fundamental era la clásica mediterránea, es decir, el remo. Las atarazanas de Constantinopla no sabían construir semejantes unidades, así que Daud-Bajá debía compensar la falta de ellas con las clásicas fustas y galeotas, ágiles y ligeras embarcaciones de remos para llevar a cabo la única forma de ataque naval que los turcos ejecutaban con soltura: el ataque masivo rodeando los barcos enemigos para asaltarlos después en sangrientos abordajes. En cualquier caso, el almirante turco, consciente de la prioridad de su misión sobre Lepanto y las limitaciones de su escuadra, no buscaría el combate en absoluto, sino que se limitaría a repeler con sus mejores buques las acometidas venecianas.

La extraña batalla de Zonchio

Aunque inferior numéricamente, dada la evidente superioridad tecnológica de sus buques y la supuesta destreza de sus marinos, en Zonchio la escuadra veneciana debería haber tenido al alcance un rotundo triunfo teniendo en cuenta que el enemigo se replegaba sobre sí mismoy le cedía toda la iniciativa. Sin embargo, esto no sucedió así. La batalla de Zonchio resultó ser una serie de escaramuzas de varios días, extraña batalla naval en la que el adversario que no quiso ganar. Los turcos acabaron su propósito, puesto que sus enemigos, potencialmente superiores, no se emplearon a fondo poniendo toda la carne en el asador en ningún momento. Los grandes líderes permitieron, eso sí, que

una serie de individualidades marginales se lucieran en furiosos combates y escaramuzas.

Sin embargo, por el número de buques participantes y la capacidad destructiva de ambas escuadras, si la flota veneciana al completo hubiera atacado con decisión a su igual otomana aquel mes de agosto de 1499, una tremenda masacre similar a Lepanto podría haberse producido setenta y dos años antes, con la previsible victoria cristiana y la retirada hacia Oriente de los marinos turcos. Lo que habría evitado más de medio siglo de acoso y asedio otomano en el Mediterráneo central y occidental y, sobre todo, el absoluto dominio turco del mar que se produjo en estas aguas de 1533 a 1543 con todas sus gravísimas consecuencias, que se verán en próximos capítulos. Zonchio fue, así, la gran oportunidad perdida; o, siendo más crueles, la gran pifia veneciana. La Señoría quedó con toda su gloria naval convertida en disfraz de opereta mientras el asequible enemigo se escapaba vivo.

Los turcos, con su flota de más de doscientos barcos con treinta y siete mil hombres a bordo, doblaron el cabo Akritas el 24 de julio en absoluto desorden, incapaces —según las pequeñas naves venecianas que los observaban— de mantener un mínimo orden o formación. Allí los avistó, a unas cinco millas, la escuadra veneciana; pero, necesitados los otomanos de todas las escalas de cabotaje posibles, y viendo al enemigo dispuesto para combatir, Daud-Bajá prefirió decepcionarle entrando en el Porto Longo de la isla de Sapienza, frente a la fortaleza de Modona o Metone. Por su parte, en vez de atacar a los turcos en el fondeadero abierto (tal como los genoveses hicieron aquí con los venecianos en 1354, cuando Paganino derrotó a la flota de Pisani), Grimani optó por echar el ancla veinticinco millas más al norte, a barlovento de su enemigo, donde se limitó a esperar. Allí quedó bloqueado, pues

el viento del norte arreció; mientras tanto, los turcos, navegando a remo muy cerca de la costa, fueron desplazándose hacia el cercano puerto de Pilos, bien resguardado por la isla de Esfacteria, conocido también como Zonchio o —durante el siglo xix— Navarino, enclave sobre el que las batallas del Mediterráneo, obstinadamente, se empeñarían en reincidir.

El 12 de agosto, viento y aguas se tranquilizaron; Grimani, con toda la escuadra veneciana (ciento veintitrés unidades), pudo dirigirse al sur para interceptar la salida de los turcos hacia el golfo de Patras. Llegó justo a tiempo, con viento en popa. La formación veneciana ofrecía imponente aspecto, con las grandes naos veleras y galeazas precediendo a las galeras convencionales para quebrar el orden de la formación enemiga a base de artillería. Por su parte, los turcos salían de Zonchio precedidos también por los buques de alto bordo que servían como referencia para mantener la formación unida ante el inminente ataque enemigo. Todo parecía ir a resolverse en multitudinaria y confusa batalla naval (con la previsible y masiva melé como infernal núcleo del combate) cuando sucedió algo incomprensible: sonaron las trompetas y una carraca, con un peculiar marino a bordo. Andrea Loredan solicitó permiso a Grimani para cambiarse por alguna de las naos de alto bordo y afrontar, en combate singular, al enorme mastodonte que se veía al frente de la flota turca, sin duda bajo el mando de Kemal Reis, con el que Loredan al parecer tenía alguna cuenta pendiente.

Un comandante serio debería haber reprendido duramente a semejante inoportuno o echarlo con cajas destempladas; no solo por haber abandonado su lugar de vigilancia en Corfú, sino también por poner en peligro el ataque masivo sobre la flota turca, dispersando la atención veneciana. Loredan no solo era un desertor (por abandonar su puesto), un vanidoso engreído (por creerse protagonista

de la jornada) y un estúpido (por desbaratar con su aparición el ataque veneciano), sino que también, para terminarlo de arreglar, estaba equivocado: aquel enorme buque no estaba bajo el mando de Kemal sino de Borrak Reis, como sabemos. Grimani, mando naval político, tal vez pensara que un idiota a mano era mejor que tener que arriesgarse personalmente al frente de la flota; o tal vez, como César, quiso contentar su hueste complaciendo a aquel temerario dispuesto a llevarse todas las tortas. El error monumental del que tendría tiempo de arrepentirse, tras reprochar a Loredan su acto de forma poco convincente, fue que Grimani no solo no ordenó arrestarlo, sino que ¡le dio permiso para lo que pedía! El propio almirante veneciano convirtió así su flota de compacta tropa de guerreros en cómoda *troupe* de espectadores sin más preocupación que el numerito circense a cargo de Loredan, privados de todo ardor combativo. No cabe mayor desatino.

Andrea Loredan no se hizo de rogar; inmediatamente saltó a bordo de una de las naos de alto bordo, la *Pandora*, con quinientos hombres a bordo armados hasta los dientes. En aquella época, desde luego, la mentalidad medieval imperaba todavía —con ventaja— sobre el sentido común, pues al guerrero temerario no tardó en salirle escudero, Alban d'Armer, que siguió la estela de la *Pandora* con su nao de quinientos hombres a bordo. Se trataba, pues, de un desafío entre mastodontes: la nao de Borrak con un millar de jenízaros contra las de Loredan y d'Armer con igual número de soldados venecianos listos para el combate. Ambas embarcaciones venecianas, navegando con soltura viento a favor, alcanzaron sin dificultades el gran buque de Borrak y abordaron sus proas con un estrépito que acalló los gritos de guerra de turcos y cristianos. La gran masacre estaba a punto de dar comienzo y un artista veneciano, a poco tiempo del hecho, tuvo la

atención de realizar un minucioso grabado donde pueden verse, en primer plano, ambas embarcaciones venecianas, casi amura contra amura, abarloadas sobre el costado de babor del mastodóntico barco de Borrak. Las velas de todos están recogidas en calzones, una nube de flechas cae sobre todos los buques y mientras los guerreros de Loredan y d'Armer, protegiéndose con sus escudos, tratan de saltar de los castillos de proa del *Pandora* al combés del navío otomano, desde la proa del navío de Alban d'Armer varias piezas de artillería disparan con furia hacia el castillo de proa turco, donde surgen las llamas. Aferrados los buques borda con borda, sobre las altas cubiertas se traba así un feroz combate cuerpo a cuerpo; pero más abajo, en la superficie de la mar, varias pequeñas fustas y galeotas otomanas tratan de sorprender y asaltar las naos cristianas escalando por los costados y fracasando estrepitosamente en el intento.

En la realidad, mientras esta lucha a vida o muerte entre las tres naos tenía lugar, se acercó a ellas otra embarcación de alto bordo, la auténtica de Kemal Reis, de mil doscientas toneladas y con setecientos jenízaros a bordo como se dijo, que pasó inmediatamente a bombardear los buques cristianos con artillería, pero sin trabarse con ellos en combate cuerpo a cuerpo porque, probablemente, la constelación de fustas y galeotas en las inmediaciones no se lo permitía. Una vez más, el desorden turco impidió a sus capitanes lograr superioridad en el punto crucial del combate, pues si Kemal se hubiera aferrado a cualquiera de los buques cristianos y le hubiese pasado toda su masiva fuerza de abordaje, los otomanos habrían decantado el combate a su favor. En lugar de ello, lo que sucedió fue que la gran embarcación de Borrak, saturada de impactos de artillería y flechas incendiarias, se prendió fuego espectacularmente por la proa, amenazando las llamas el pañol de municiones. En el momento más impresionante de la



Grabado con la acción de apertura de la batalla de Zonchio, en la que las naos venecianas de Loredan y d'Armer acometen al mastodonte de Borrak Reis con mil jenízaros a bordo. A pesar de su espectacularidad, resultó una masacre desastrosa, pues desmanteló la atención veneciana y dejó en agua de borrajas el ataque coordinado de toda la flota cristiana.

batalla de Zonchio —en esto tan parecida a Abukir, tres siglos después—, el mayor buque de la flota, en torno al cual se había trabado el combate, estalló en aterradora explosión que estremeció ambas expectantes flotas. Luego, los palos de las tres naos unidas se desplomaron como árboles rendidos por el huracán en medio de un cegador palio de humo y, finalmente, el *Pandora*, el buque de Borrak y el de Alban d'Armer se hundieron espectacularmente, mientras el astuto Kemal, literalmente salvado por la campana, se apartaba largando velas de aquel infierno. Su homólogo Borrak murió con su gigantesco barco, alguien creyó ver al temerario Loredan entre las

llamas (con el pabellón de San Marcos en las manos) antes de desaparecer para siempre víctima de su propia temeridad y Alban d'Armer, que trató de ponerse a salvo saltando a un bote, fue capturado por una de las fracasadas galeotas turcas y aniquilado. Los otomanos pudieron salvar algunas decenas de hombres, pero los venecianos de ambas naos naufragadas perecieron en su totalidad.

Entretanto, la gran batalla debió generalizarse, puesto que las trompetas de Grimani se desgañitaban dando orden de ataque general. Pero no lo hizo. El comandante de las naos venecianas, Alvise Marcello, intentó abrirse paso para alcanzar sus iguales otomanas, pero tropezó con una galeaza de su mismo bando antes de poder lograrlo. Alcanzados al fin los barcos otomanos tras la colisión, se enredó con dos naos turcas y fulminó una de ellas a base de artillería; aferrado a la otra, los guerreros venecianos de armadura redujeron la dotación de jenízaros y tomaron el buque enemigo. Pero el resto de naos otomanas, sin llegar al abordaje, sometieron al buque de Marcello a un duro cañoneo con sus cañones pedreros. Grandes piedras de setenta kilos lapidaron la nao insignia veneciana, y Marcello, herido en una pierna y con varios muertos y grandes destrozos a bordo, tuvo que ordenar la retirada. Otra de las naos, la *Brocheta*, que desplazaba la tercera parte que la extinta *Pandora* y era, por tanto, un barco pequeño, se internó con media docena de compañeros en el mismo sector dominado por la artillería turca y fue rápidamente echado a pique por los cañones pedreros otomanos, aunque pudo rescatarse a su dotación. Vista la vulnerabilidad de los altos costados de las naos ante proyectiles turcos bien dirigidos, el resto de ellas, que eran carracas mercantes, decidieron mantenerse al margen.